

Filosofando

Filosofía y creencia en Dios Luis Armando Aguilar Sahagún

Ateos y creyentes

¿Qué cosas son importantes para quien no cree en Dios? ¿Cuáles son sus ideales? ¿Cuáles son sus valores? El ateo tiene que probar su vida sin la fe en Dios y reflexiona sobre sí mismo. Tal vez sienta en algunos tramos de su vida una esperanza, tal vez sienta qué es lo que le da sentido y alegría a la vida. El ateo necesita conversaciones con gente que busque, así como el creyente necesita conversar con gente que no busca o dice no buscar a Dios.

Al ateo puede ocurrirle, como por gracia, reconocer que Dios sí existe. Al creyente puede ocurrirle otra gracia, igualmente grande: descubrir a un compañero de camino, a un hermano; descubrir que su creencia puede y necesita ser cuestionada y purificada, salir de sus ingenuidades, de sus falsas seguridades, de las inevitables «idolizaciones» en que se recae en el camino de la fe y en el mundo de las creencias.

Ambos pueden, ateos y creyentes, descubrirse hermanados en la búsqueda de la verdad, y en ello descubrir a Dios de un modo sorprendente e inusitado. Ambos pueden, también, descubrir la amistad, el valor de la sinceridad, la confianza, la diversidad, el silencio, el poder ser comprendido, y también los inevitables aspectos que quedan en la incompreensión, sin que eso signifique ruptura de una comunión más profunda. Ambos pueden descubrir tareas comunes, necesidades que pueden atender juntos; pueden descubrir que Dios tiene qué ver con lo que es más grande que sus respectivas posiciones: la paz, la justicia, la misericordia, la belleza; la bondad nunca cumplida, inalcanzable; la misteriosa fuerza que impulsa a superarse; la esperanza inquebrantable, porque desafía toda desesperanza. En todo ello pueden descubrir a Dios.

Al reflexionar sobre cada una de estas experiencias, se descubrirán filósofos y teólogos; al ahondar en ellas, se descubrirán místicos, hombres entusiasmados por el Dios de la vida, por el Señor de todos, de quien dan testimonio el universo, las capacidades humanas, los grandes hombres y mujeres capaces de transparentarlo; los pensadores y científicos que, al avanzar en servicio de la verdad para el hombre, sobre todo para los más necesitados, hacen patente la presencia de un tercero, un Otro que, al mismo tiempo, es un no Otro.

Caminos hacia Dios

El Cardenal Martini opina que experimentar a Dios es lo más fácil y, al mismo tiempo, lo más importante en la vida (Conversaciones nocturnas, p. 16). Él menciona que la naturaleza, el amor, la música, la literatura, la Palabra de la Biblia y en la «vigilancia interior» –un arte que es necesario aprender, del mismo modo que el arte de amar o el arte de ser bueno en el trabajo–, se puede experimentar a Dios. Este tipo de vigilancia se refiere a los movimientos afectivos profundos, a las oleadas de tristeza, desánimo, cerrazón, ensimismamiento, o bien, de impulso generoso, creativo, de paz y de gozo profundo; de esperanza y confianza, a pesar de todo lo que se presenta como panorama en un mundo desalentador e incluso desolador.

Encuentro con lo infinito

Por supuesto, el ateo puede descubrir que Dios está en sí mismo, y sólo si está en él puede llegar a descubrirlo como Dios, en su infinitud, a pesar de nuestra esencial finitud. De otro modo, todo lo que pudiéramos asociar con Dios nos sería ajeno, o bien, la mera proyección de unos deseos y cualidades meramente humanos. Éstas, por cierto, se plasman de manera inevitable en nuestras concepciones sobre Dios. Es nuestra estructura humana. Pero eso no es lo importante, sino poder descubrir como punto de contraste una infinitud en nuestro horizonte: en el conocer, inagotable en nuestras preguntas y respuestas; en nuestro querer, que no puede realizar del todo el bien al que aspira, ni evitar del todo el mal que lo frustra. En nuestro desear, en el que descubrimos un dinamismo muy poderoso que nos lleva a quedar insatisfechos con cuanto vamos logrando; donde las metas siempre pueden ser mayores; donde nos damos cuenta de la importancia de los auténticos valores humanos: la amistad, la convivencia, la expresión, la creatividad, la justicia, la salida del propio querer e interés en bien del otro; la enorme riqueza de las relaciones humanas, y la enorme pobreza de tenerlo todo menos amigos y compañeros en el difícil camino de la vida. Así también el creyente puede descubrir que el camino de su fe es un inagotable adentrarse en el misterio del Dios que se comunica, se ofrece como compañero y aliado del hombre y lo invita a ahondar cada vez más en la amistad y la comunión, en una tarea en la que está algo tremendamente importante: hacer posible su presencia entre los hombres, como alianza que trastoca todos los valores humanos y propone unos nuevos, verdaderamente humanizantes.

Encuentro con el rabí de Nazaret

Donde la felicidad no depende del éxito, sino de la disponibilidad, la pobreza de corazón, la mansedumbre, la mirada transparente, el deber cumplido, la obediencia al llamado de conciencia, la atención y solicitud por los demás, por los más sufrientes y abandonados.

El Dios verdad, el Dios bondad, el Dios belleza, el Dios comunión, se ha hecho presente en la vida y en la historia. De ello hay numerosos testimonios. El Dios felicidad, alegría y plenitud de todos los anhelos humanos, ha sido encarnado de forma única en hombres y mujeres que han encontrado la posibilidad del vínculo personal, esencial y existencial, con Jesús, el rabí de Nazaret, el profeta escatológico en quien los creyentes descubren el cumplimiento de todas las promesas de Israel y de toda la humanidad.

Conocer a Jesús, amarlo, buscar una relación con Dios por su mediación, puede ser punto de partida o punto de llegada, pero propiamente, se trata de un itinerario de amistad que no tiene fin, pues lo que le da sentido a su seguimiento es la confianza, fundada en una vivencia fiable, de que sigue siendo un viviente cuya vida es participación ilimitada de la vida divina, y concreción de lo más humano que el hombre puede aspirar a vivir.